


RONDA Y ESPINEL



El 4 de febrero de 1624 muere en Madrid Vicente Espinel. Se ha cumplido pues en este año el 350 aniversario. Mi homenaje al ilustre rondeño son estas líneas. Su semblanza la escribió de manera maestra otro ilustre rondeño, don Juan Pérez de Guzmán y Gallo. Por ello me ha parecido más correcto evocar la Ronda de Espinel.

Vicente Espinel, antes que nada, es para mí un hombre de inmensa categoría humana. Por encima de sus dotes literarias destaca la grandeza de su personalidad, de la que la literaria es pura faceta. La maneja como descuella en Salamanca, el valor desplegado en Argel, la inquieta curiosidad que le hace recorrer Italia, incluso la sinceridad de sus caídas, en aquella vida depravada de Sevilla y la autenticidad con que se arrepiente y lamenta de aquellos vicios, la valentía con que se enfrenta a sus paisanos y el cariño que, pese a toda ingratitud, guarda y atesora para su ciudad natal, nos dan la medida de aquel hombre fuera de toda medianía. Personalidad fabulosa, que encuentra en el arrepentimiento y en la convicción religiosa lo único capaz de saciar su grandeza espiritual y humana. Guerrero, depravado, literario, músico, moralista y místico es este hombre, que admira por su sinceridad y cualidades excepcionales.

LA RONDA DE ESPINEL.—FISONOMÍA URBANA.

Ronda en los siglos XVI y XVII es una ciudad encantadora en cuanto a su fisonomía urbana. Ciudad pequeña, proporcionada, de una admirable armonía, resultado de ese trabajo casi de artesanía, con que sabían los árabes levantar sus ciudades.

Conocemos sus límites. La atenaza la cortadura del Tajo. El Convento Dominicano fundado por los Reyes Católicos y sede del Tribunal de la Inquisición cerraba con sus muros conventuales lo que es hoy el Puente Nuevo. Sus ventanas se abrían a uno y otro lado del Tajo. Abarcaba tanto el edificio donde hoy se encuentra instalada la Cooperativa del Tajo, como el que conocemos por Los Arcos, antigua plaza de Abastos. Tenía dos patios preciosos, uno el que aún se conserva, el

claustro más bello de Ronda, pese a su lamentable estado de ruina y un segundo patio o claustro, por el que se abrió la calle de Armiñán.

El resto de la ciudad estaba abrazado por la cortadura del Tajo. Sólo se extiende para alcanzar el convento de San Francisco, que se construyó en el lugar en que fijaron sus reales los Reyes Católicos durante el asedio a Ronda. Al templo comienzan a acercarse las casas del barrio.

Por otro punto había logrado ya la ciudad salvar el freno que representaba para su expansión el desnivel lógicamente lo hizo por donde la cortadura era menos pronunciada: Por el Puente Viejo. Se había iniciado el Mercadillo. Existía la calle Real—en la que precisamente nace Espinel—, la Iglesia de Padre Jesús, llamada de Santa Cecilia, a la que en la época de Espinel le acompañaba el Convento Trinitario, que mantuvo su airosa espadaña hasta hace unos veinte años.

Extramuros de la ciudad, en pleno campo, se construye durante la vida de Espinel, concretamente en 1577, la iglesia de la Merced.

El límite del Mercadillo aparece descrito con bastante precisión en la fundación de la Capellanía, que a la vuelta de Espinel a Ronda le otorgan sus parientes Bartolomé Martínez Labrasola y Catalina Martínez. En la escritura de fundación, otorgada ante el escribano público Juan Gil Acedo en 3 de agosto de 1572, se contienen este juicio tan favorable de Espinel: "Mancebo virtuoso, de buenos padres y confiamos de su persona y virtud que servirá muy bien la fundación". A continuación se describen los bienes que la integran: "Once moradas, lindando unas con otras, en el barrio del Mercadillo, arrabal de la puente y calles de Las Peñas y una viña de cuatro aranzadas del pago del mismo Mercadillo, cerca de La Torrecilla de la Dehesa". Juan Pérez de Guzmán nos añade un comentario que completa la información, al decirnos que "influyó en esta fundación fray Rodrigo de Arce, religioso de la Redención de Cautivos, y que frecuentemente hacía largas



residencias en el convento de Ronda, situado a la sazón en el lugar aún llamado la Cruz de San Jorge, bien próximo por cierto a las moradas en donde Espinel debió nacer y su familia habitar". Sabemos que Espinel nació en la calle Real y esta nota de Pérez de Guzmán nos sitúa el convento en la Cruz de San Jorge. La calle Real, la de La Mina, a la que hace alusión expresa Espinel, la de Santa Cecilia, cuya denominación tomara de la parroquia y la posada de las Animas, en la que coincidieron Espinel y Miguel de Cervantes, nos señalan los límites del Mercadillo. Se ceñía éste pues al actual barrio de Padre Jesús, alcanzando hasta la mediación de Santa Cecilia, pues la posada, aunque próxima a las edificaciones, estaba en La Dehesa que, con sus terrenos rústicos y viñas colindantes, ocupaba cuanto es hoy la parte de la ciudad, que desde la calle Los Vicentes se extiende hasta las carreteras de Sevilla y Málaga. La calle de La Bola, que dedicaron los rón-denos a su ilustre paisano, no existía, y la zona comercial estaba instalada en la calle Real. Todo el sector contiguo al Puente Nuevo, cuya construcción nadie podía imaginar, era campo. También es en el campo se había construido otro mesón, en lo que es hoy la iglesia del Socorro, que en 1577 se transforma en ermita consagrada a la Virgen del Socorro.

Estos eran los límites precisos de la Ronda de Espinel. Dentro de ellos se contenía una ciudad de calles estrechas e irregulares, que parecen tender el brazo por encima al que las recorre y hablarle muy bajo, muy quedó, pero muy penetrante, de cosas del espíritu, de las bellezas de las formas y el buen gusto en el construir.

Esta singular composición urbana se veía enriquecida con el castillo del Laurel, que Hernando Pérez del Pulgar, cronista de los Reyes Católicos, calificó de "la mejor pieza de la arquitectura militar árabe". La Reina, impresionada por la majestuosidad de su fábrica y la belleza de su arquitectura, manda venir de Sevilla unos "carpinteros" para reparar los daños padecidos en la conquista, según nos asevera Pérez del Pulgar. El castillo se alzaba desde la plaza de Santa María hasta la de San Francisco. A ésta daba la Gran Torre de Manifiesto, que, abatida por los disparos de los cañones del Rey Fernando, ofrece el lugar adecuado para la edificación de la iglesia del Espíritu Santo, en recuerdo de la festividad en la que se conquista Ronda.

La plaza de la ciudad podemos representárnosla tal como era en los años en que Espinel vivió en Ronda. Santa María estaba en plena construcción, sobre la

antigua Mezquita. En la actual casa de los Juzgados se levantaba el Palacio de los Reyes Católico, que se construyó en 1590 para doña Margarita de Austria, señora de Ronda y viuda del Príncipe Don Juan. El convento de las Clarisas, de 1540, cerraba por uno de sus costados y por otro el castillo del Laurel, que le daba un impresionante aspecto de plaza de armas.

La iglesia del Espíritu Santo, la de Padre Jesús, parte de la Santa María y los conventos de Trinitarios, Dominicos, Franciscanos y Mercedarios, completaban la monumentalidad de la ciudad. El Palacio de Mondragón, que sirvió de morada a los Reyes Católicos cuando la sublevación morisca, el hospital del que fuera capellán Vicente Espinel y las iglesias de San Juan de Letrán, la capilla en la que se venera actualmente a nuestra Patrona, que data de finales del siglo XV y la desaparecida iglesia de San Sebastián, completaban el inventario de los monumentos de Ronda. Pieza fundamental eran las murallas, que Pérez de Mesa nos describe, cuando nos dice que Ronda estaba "cercada de gruesos muros y torres bien trazadas". Asombra la riqueza de monumentos en una ciudad de tan escasas proporciones como la Ronda de los siglos XVI y XVII.

SU POBLACIÓN

Los libros del Repartimiento nos hablan de **900** viviendas. En la época de Espinel debieron ser unos **1.200** y la población era de 8.100 habitantes.

La estructura poblacional estaba compuesta de sacerdotes y frailes, caballeros, criados y escuderos, labradores y mercaderes.

El número de frailes y religiosos era importante —no en vano se contaban hasta cinco conventos— y ascendía al 12 por ciento de la población. Los caballeros de Ronda, en parte, habían marchado a las colonias y volverían enriquecidos y contagiados del arte colonial, que al fundirlo con el Renacimiento, producen ejemplares interesantísimos como la portada del Palacio de Salvatierra.

Otros muchos caballeros quedan en Ronda, como los Ximénez Bustos, los Villalones, Espinosa de la Rúa, González Gil, Gutiérrez de Escalante y Vázquez de Mondragón, que juntamente con el corregidor, **en 1598**, se dirigen al Rey denunciando a Vicente Espinel.

Los caballeros llevaban siempre su corte de servidores y escuderos. La vida de uno de éstos es el tema de la obra de Espinel. El cuidado de las tierras motivaba la clase social del labriego, siempre equilibrada y se-



rena, de vida austera y sabiduría profunda que parece asentarse en sus almas como raíces de árboles. Pero Ronda era ya una ciudad que atendía las necesidades, no sólo de los doce pueblos con que el Pendón Árabe representaba a los que eran tributarios de Ronda, sino de las nuevas comunidades que van formándose en la serranía, por estar ya lejos los temores bélicos de la época de la Reconquista. Los mercaderes son un sector importante de la población; tienen sus casas en la calle Real y la estructura de sus viviendas les permite ser a la vez morada, almacén y despacho.

A esta estructura poblacional se une esa otra diferenciación racial y religiosa de judíos y moriscos que conviven y se funden con la población nativa. Los judíos se asientan en el barrio de Padre Jesús, principalmente en la calle Las Peñas. Se separan del centro de la ciudad y se instalan en la arrabales fáciles para toda huida. Construyen su sinagoga, excavándola en la propia roca. Es lo que hoy se conoce por "La Oscuriá". Durante mucho tiempo se creyó que era una basílica paleocristiana por la forma de las naves, separadas por columnas, la alberca —que hacía pensar en la pila de inmersión bautismal— y los enterramientos abiertos en la roca viva. Otros pensaron que fue una teneduría; pero Alfonso Pérez Aguilar nos explicó con razones convincentes que era una sinagoga, por la proximidad al barrio judío y la importancia de esta población en Ronda tras la expulsión de Sevilla. La alberca se explica, ya que el judío lava los cadáveres, como rito religioso, antes de su enterramiento, y los nichos los solían tener contiguos a la sinagoga. "La Oscuriá" es una pieza histórico-artística de extraordinario interés. Los moriscos se mezclan con la población de Ronda hasta su expulsión por Felipe III, entre 1609 y 1611, no sin antes unirse al alzamiento de los moriscos de la sierra de Istán. Este alzamiento coincide con la salida de Espinel para Salamanca.

Todavía tenemos que aludir a dos realidades que de alguna manera hay que relacionar con el tema poblacional: gitanos y bandoleros.

A los gitanos alude Espinel en el descanso 20 de la relación primera. Relata un viaje de Málaga a Ronda: "Sin pensar di con una transmigración de gitanos, en un arroyo que llaman de las Doncellas que me hiciera volver atrás si no me hubieran visto, porque se me representó luego las muertes que sucedían entonces por los caminos, hechas por gitanos y moriscos... ellos es-



taban bebiendo agua y yo les convidé con vino y alarguéles una bota de Pedro Jiménez de Málaga... las gitanas iban de dos en dos, en unas yeguas y cuartagos muy flacos; los muchachos de tres en tres, y de cuatro en cuatro, en unos jumentos cojos y mancos. Los bellacones de los gitanos a pie, sueltos como un viento, y entonces me parecieron muy altos y membrudos, que el temor hace las cosas mayores de lo que son... dábanle los gitanos palmadas en las ancas a mi macho y a mí me pareció que me las querían dar en el alma... mas considerando que su deseo era de hurtar y que no podía echarlos de mí sino con esperanza de mayor ganancia, con el mejor semblante que pude, saqué más menudos y repartiéndolos entre ellos dije: por cierto, hermanos, sí hiciera de muy buena gana, pero dejo atrás un amigo mío mercader que se le ha cansado un macho en que trae una carga de moneda y voy al pueblo a buscar una bestia para traerla. En oyendo decir mercader solo, machacando, carga de moneda, dijeron: vaya su merced enhorabuena que en Ronda le serviremos la limosna que nos ha hecho".

Los bandoleros, esa realidad perenne, producto de la serranía, como la encina y el quejigo, abundan en la época de Vicente Espinel. A ellos les dedica desde el descanso 18 al 24: "Llegué a la Saucedá donde lo primero que encontré fueron tres vaqueros con muy largas escopetas, que me dijeron: apeese del macho... al fin me bajé de ella y rindiéndoles las faltriqueras, como no hallaron sustancia en ellas, dijeron que había que desollar el macho y meterme en el pellejo si no les daba dinero... como los vaqueros o bandoleros andaban con la sospecha dicha, ni querían soltar a los que tenían en cuevas, ni dejar pasar a los que iban siguiendo su viaje, porque no hallasen testigos tan cercanos, pareciéndoles que no tenían bien averiguados sus delitos". Al caudillo de esta banda lo denominan Roque Amador.

ASPECTO CULTURAL

Esta población tan abigarrada no sentía excesiva preocupación por la cultura. Afirma Espinel que su primera instrucción la recibió en Ronda en las aulas del bachiller de la Gramática Juan Cansino, el cual le enseñó a traducir no mal un epigrama latino y a componer otro "y con esto —añade Pérez de Guzmán—, un poco de música y saber callar, ya estuvo dispuesto en las primeras mocedades para que su padre, tratando de sacar fruto del talento que precozmente revelara, pusiérale al cinto una espada de Bilbao en la maleta y un ferreguelo de ventidoceno de 20 ducados y con su bendición y lo que pudo, que no debió ser mucho, enviárale con un arriero a Salamanca".



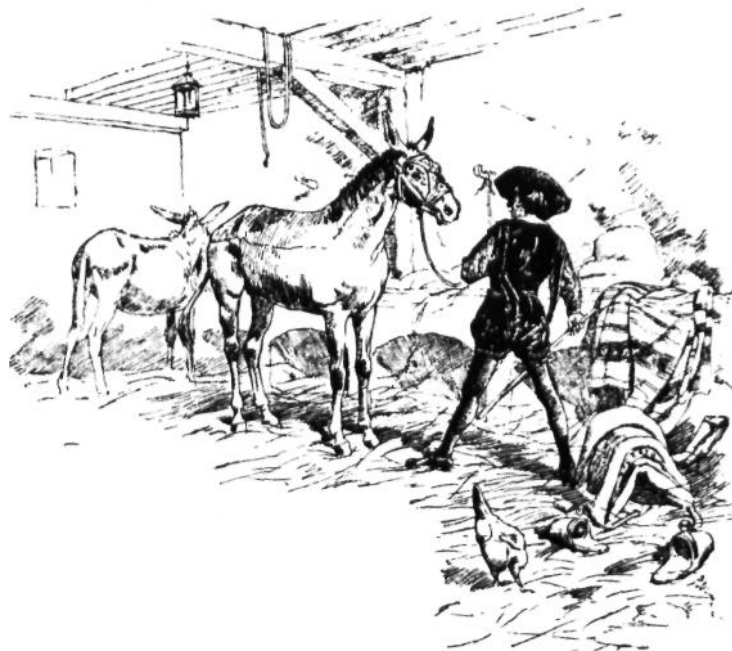
En general, no sólo en Ronda, sino en toda nuestra Patria, la instrucción y la cultura era inquietud y preocupación de minorías selectas; el resto de la población se entregaba a sus quehaceres labriegos, mercaderes o guerreros y debió de ser muy extendido el pernicioso vicio de la ociosidad, contra el que arremete Espinel en su descanso último y epílogo.

FIESTAS DE TOROS Y FERIAS

El ambiente de aquella Ronda era caballeresco, pícaro, religioso y comercial, y ya tenían gran importancia sus fiestas de toros y ferias.

La fiesta de toros la describe una y otra vez y cada una de manera diferente, en el descanso 11 de la relación segunda. En cada descripción añade un detalle, un matiz, un nuevo lance. He aquí unas muestras: "acuérdome de un tan gran Príncipe como Don Pedro de Médicis, que con un garruchón en las manos o tomaba un toro, o lo rendía. Del Conde de Villamediana Don Juan de Tasis, padre e hijo, que entre los dos hacían pedazos un toro a cuchilladas. De tanto número de caballeros mozos que admiran con el atrevimiento, vencen con la presteza, enamoran con la cortesía que como tras de esta mañana, se sigue otro día la fiesta de los toros... Fiesta que ninguna nación, sino la española, ha ejercitado ni ejercita, porque todos tienen por excesiva temeridad atreverse a un animal tan feroz, que ofendido se arroja contra mil hombres, contra caballos y lanzas, y garrochones, y cuanto más lastimado, tanto más furioso. Que nunca la antigüedad tuvo fiesta de tanto peligro como ésta; y si animosos y atrevidos los españoles que aun heridos del toro se tornan al peligro tan manifiesto, así peones como jinetes... Ver la gallardía con que se jugó de los garrochones, revolviendo los caballos, que aunque herir a espaldas vueltas, es mucha gala, como lo usan en otras naciones en cazas de leones y otros animales, este día hubo quien esperó en la misma puerta del toril, cuando con más furia y velocidad sale el toro, y le mató cara a cara con el garrochón, que fue Don Pedro de Barros; y aunque esto tiene mucha parte de atrevimiento y ventura, también la tiene de conocimiento y arte, que enseña la experiencia con gentil discurso... El Conde de Cantillana que con grandísimo aliento derriba muerto a un toro con el garrochón, Don Cristóbal de Gaviria, excelentísimo caballero y otros muchos... como Don Jorge Morejón, Alcaide de Ronda".

La feria de Ronda la describe en el descanso 20 de la relación primera: "A la noche llegué a Ronda, donde hallé a mis mercaderes muy deseosos de verme y muy adelante en su trato. Lo que allí me pasó no es consi-



deración, porque en una feria tan caudalosa son tantos los enredos, trazos, hurtos y embelecocos que pasan, que para cada uno es menester una historia".

En el descanso 13 de la relación primera, nos dice: "Fuimos caminando hacia Almodóvar del Campo, y topamos con dos gentileshombres, que llevaban entre los dos un muy gallardo macho... Colegí de su modo de proceder que serían lenguas de dos mercaderes, que iban a la feria de Ronda con muy gentil dinero, que a mí me dio gusto por ser aquel mi viaje... Muy por la mañana aderezó su macho y estuvo con mucho cuidado aguardando a que pasasen los mercaderes; en pasando hizose encontradizo con ellos, y preguntóles con grande comedimiento, a dónde caminaban y respondieronle ellos que a la feria de Ronda, hizo grandes demostraciones de holgarse, diciendo: Mejor me ha sucedido que pensaba, en haberme encontrado con tan principal compañía; porque voy a la misma feria, a comprar un atajuelo de doscientas o trescientas vacas y por no haber andado este camino, a los menos de las Ventas Nuevas adelante, iba con algún recelo de mil daños, que suelen suceder a los que llevan dinerillo, y habiendo encontrado con vuestas mercedes iré muy consolado... Ellos le ofrecieron de ayudarle, y hacerle amistad en la feria, por ser muy conocidos en la ciudad".

Importantes tenían que ser las ferias, cuando un solo tratante se encaminaba desde Castilla para adquirir un atajuelo de doscientas o trescientas vacas.

HUELLA DE RONDA EN ESPINEL

Su ciudad natal dejó una huella imborrable en Espinel. En la "Vida del Escudero", cuantas veces ha de ponderar algo lo compara con lo que más le ha llamado la atención de los innumerables países visitados y algún detalle de Ronda. Así en el inicio de la relación tercera, dice: "Cogí mi cabalgadura y Victorino, o mozo de mulas, y aviándome para Milán subí por aquellas montañas de Génova, tan ásperas y encumbradas como las de Ronda".

Impresionado por La Mina, o actual escalinata al Tajo de la Casa del Rey Moro, la compara con los recuerdos que más le han quedado grabados de sus andanzas: "Estas palabras no las puede decir sino quien hubiere estado en el Estrecho de Gibraltar, en las Islas de Riatán, en las Columnas de Hércules y en el Monjívolo de Sicilia, en la Sima de Cabra, en La Mina de Ronda



y en el corral de La Pacheca, que de otra manera se verán visiones infernales que atemorizan a cualquier persona". Vuelve a evocar La Mina en el descanso 20 de la misma relación: "Sea como fuere, el edificio de La Mina es hecho con mucho trabajo y cuidado y de las más memorables obras que hay de la antigüedad de España".

Tiene una descripción deliciosa de la ciudad en este mismo descanso, cuando nos dice: "Anoche llegué a Ronda, donde hallé a mis mercaderes... serviles de gozquecillo, para mostrarles algunas cosas muy notables y dignas de ver que tiene aquella ciudad, así por naturaleza como por artificio, como es el edificio famoso de La Mina por donde se proveía de agua siempre que estaba cercada de contrarios".

Y continúa: "Esta ciudad fue reedificada de las ruinas de Munda que ahora llaman Ronda la Vieja: ciudad donde tan apretado se vio César de los hijos de Pompeyo, que confiesa él mismo que siempre peleó por vencer y allá por no ser vencido. Está edificada sobre un risco tan alto, que yo doy fe que haciendo sol en la ciudad, en la profundidad, que está dentro de ella misma, entre dos peñas tajadas, estaba lloviendo en unos molinos y batanes que sirven a la ciudad, de donde subían los hombres mojados; y preguntándoles de qué, respondían que llovía muy bien entre los dos riscos que dividen la ciudad del arrabal. Dígolo a fin de que cuando esta ciudad se edificó, por la falta que había de fuentes arriba les fue forzoso hacer una mina, rompiendo por el mismo risco hasta el río, que no hay en toda ella cosa que no sea de la misma dureza de la piedra, en que hay 400 escalones, poco mas o menos, por donde bajaban por agua los míseros esclavos cautivos, en el cual trabajo morían algunos; y se tiene por tradición antigua que una cruz que yo he visto al medio de la escalera, la hizo un cristiano, que del mismo trabajo reventó, con la uña del dedo pulgar, tan honda, que fuera menester más que punta de daga para hacerla".

Realmente son bellas y exactas esas frases de que la ciudad está edificada "sobre risco tan alto" y que "en la profundidad, que está dentro de ella misma" y aquella otra de "entre los dos riscos que dividen la ciudad del arrabal", puesto que realmente el arrabal o Mercadillo, era contiguo a La Mina.

"Tiene aquella ciudad —nos añade— naturalmente cosas que se pueden ir a ver por monstruosas, de muchas leguas, por la extrañeza de aquellas altas peñas y riscos". El temperamento exaltado de Espinel califica a Ronda con un grafismo sorprendente: monstruosa y extraña. Pero monstruosa en el sentido de sublime, incomparable con cualquiera otra maravilla de "muchas leguas".

34



CONFLICTOS CON SUS PAISANOS

Vuelve Espinel a Ronda y se encuentra con la envidia de sus paisanos "por las emulaciones y envidias que en el país natal levanta siempre toda capacidad, que saben elevarse sobre nivel común", como consigna su biógrafo.

Con motivo del nombramiento de capellán del Hospital de Santa Bárbara, la ciudad elevó una queja al Rey el 12 de enero de 1594 y solicita "mande nombrar otro capellán, pues no es justo que los pobres padezcan por no querer servir". El Rey le manda ir a Ronda, pero el poeta obtiene lo que llamaríamos hoy una baja por enfermedad. Presenta un certificado extendido por el doctor Maximiliano de Céspedes y el licenciado Baltasar de León: "A causa del mal de orina y carnosidad... a ponerse en camino sin curarse quedaba su vida en peligro".

Se insiste y hacen volver a Espinel a Ronda en la primavera de 1595. Es su cuarto y último viaje.

En 1596 obtienen sus paisanos que le priven del medio beneficio de Santa María. El 24 de octubre de 1597 se le vuelve a denunciar y con escritos de 18 y 27 de enero de 1598 el corregidor y la ciudad en pleno le acusan de que los rentas del Hospital "lo pasa muy bien, sin que en ningún caso se ocupe... ni hace más que tirar las rentas... de tales costumbres, trato y manera de vivir que... por sus vicios y culpas y excesos y negligencia y codicia... con repreensión ni castigo, entendemos no podrá haber remedio contra lo que es condición propia y costumbres antiguas". Pese a tan graves acusaciones, el castigo se limita a nombrar un sustituto, que lo fue hasta la muerte de Espinel José Ruiz Parra. Espinel vuelve a Madrid y son los años más brillantes de su vida.

Lope le llama maestro y Cervantes amigo: "¡A! famoso Espinel dará vuesa Merced mis encomiendas, como a uno de los más antiguos y verdaderos amigos que yo tengo". (Adjunta al Parnaso).

A aquellas rivalidades y rencillas responde Espinel con unos famosos tercetos dirigidos a su amigo el Obispo de Málaga don Francisco Pacheco. Airado y altivo reconoce sus defectos:

Bien sé que, yendo la razón delante,
de virtuoso no merezco el nombre
más que de docto y sabio un ignorante;
bien sé que no soy ángel sino un hombre,
y no quizás de inclinación tan buena
que de Florencia y de Turín se asombre.
Tuve en la juventud, de abrojos llena,
virtudes pocas, abundantes vicios,
que me amenazan con ardiente pena.

Tras un canto entre insolente y humilde, arremete ferozmente contra sus paisanos, enemigos y conspiradores:

Si un torreznero, de malicias lleno,
y de cecina y nabo el tosco pancho,
de ciencia falto y de virtud ajeno,
se ha de poner repantigado y ancho
a escudriñar las cosas reservadas
en su estrecha pocilga y bajo rancho.
Oscuras sabandijas levantadas
del polvo de la paja y de la escoria
de las putrefacciones engendradas
¿podréis meter la mar en una noria,
tener el viento en un costal atado;
cubrir el sol, privarnos de su gloria?

¡Oh carcoma infernal! ¡Oh envidia ciega,
rabioso cáncer que en el alma imprime
gota coral que al corazón se pega!

No es extraño que unas veces cante con fervor a su patria y otras exprese su profundo desaliento. La Canción a Ronda es una magnífica composición. El gongorismo y su abigarramiento nos la hace extraña. Comienza con estos versos:

Desiertos riscos, solitarias breñas,
peñascos duros, ásperos collados,
agras montañas, que medís el Cielo:
agua que de las cumbres te despeñas
de los montes más rígidos y helados
que cubre nieve y endurece hielo:
senoso y verde suelo,
cuya profundidad y anchura apoca
esta soberbia y levantada roca
ancha vega profunda.

Entre las composiciones que expresan su hastío, amargura y tristeza, la más expresiva es la escrita a Peñafiel.

La destemplanza de este invierno frío,
y entre estos riscos el levante y cierzo
encogerán al más lozano brío.
Estoy cual sapo o soterrado escuerzo
cual el lagarto o rígida culebra
La cerviz corva, sin valor, ni esfuerzo.
Voy a escribir y el brazo se me quiebra.
¡Mirad que gusto ofrecerán lentiscos,
chaparros y torcidas cornicabras
entre enconosos, fieros basiliscos!

Que aquí todo lengueja y las palabras
es cochinos, bellota, ovejas, roña;
cultivar huertas y ordeñar las cabras;
si crece el pan; si el alcacel retoña.
Si Abbu-Hassen promete viento o pluvia;
y todo el resto es vértigo y ponzoña...

El recuerdo de Ronda y de sus familiares lo lleva grabado en su corazón y aflora en su testamento. Muere Espinel el 4 de febrero de 1624 y el primero de dicho

mes otorga testamento ante Juan Serrano e instituye heredero a su sobrino Jacinto Espinel Adorno, que residía en Ronda.

Espinel es un fruto fabuloso de esta Ronda asombrosa e inverosímil. El abismo de sus caídas, el ímpetu con que se eleva, evocan los paisajes agrestes. La reposada serenidad de sus últimos años son símbolos de la paz que rezuman las calles del antiguo recinto. La obra del "Escudero Marcos de Obregón" es un Tajo de la literatura, la religiosidad de la que está empapada toda su vida, pese a pecados y miserias, son ecos de la unción religiosa que emana la ciudad, auténtica oración hecha piedra.

Cada cual saque sus conclusiones de esta evocación a la Ronda por los siglos XVI y XVII y de aquel rondeño que amantado por la poesía e inspiración de sus paisajes, nos dio la "Vida del Escudero Marcos de Obregón", sus décimas y añadió la sexta cuerda a la guitarra

Por mi parte creo no debo concluir sin comunicaros mis conclusiones personales:

1.º.—La Ronda encantadora de aquellos siglos, proporcionada y armónica, con el peso de su monumentalidad y su tradición agarena, debe ser el modelo de todo programa de futuro. En ella se encuentran sus valores genuinos y auténticos. Propongámonos con ambición una Ronda desarrollada y acorde con el progreso, pero fiel a su genuino ser, a lo que le otorga su personalidad y sello característico. Rechacemos, como tentación, del pecado más irreparable contra la comunidad de Ronda, todo cuanto pueda representar una deformación y un desfigurar esta estampa bendita de nuestra auténtica ciudad.

2.º.—Hay un vicio que destaca en la sociedad de Espinel: "envidia ciega, rabioso cáncer que en el alma imprime gota coral que al corazón se pega". Envidia y maledicencia son vicios que aún perduran en la Ronda de hoy y que sólo unas grandes miras de inquietud cultural, de serenidad religiosa, de caridad comprensiva y de contagio poético de cuanto la ciudad nos inspira, puede redimirnos de tan lamentable lacra.

3.º.—Esta ciudad, con sus horizontes abiertos en la naturaleza, cerrados en la angostura del Tajo y hechos calles pequeñas o plazas recoletas, nos susurra al oído algo que nos transforma, que nos hace vivir y respirar el aliento poético y aligera nuestras vidas con el bálsamo de la belleza y la casi palpable presencia divina en tantas cosas que nos cercan, nos acosan con su canto y nutren el espíritu.

Es crimen contra la vida, concebida en su plenitud e ingratitud para Dios, permanecer sordo a esta sinfonía que en el paisaje de Ronda ha quedado para siempre aprisionada, en espera tan sólo de unos ojos bien abiertos, que la contemplen con cariño, unos espíritus liberados que sepan captar sus sonos y un corazón que por encima de cochinos, bellotas, ovejas, roña, cultivar huertas y ordeñar cabras, sepan remontarse para transformar todo quehacer diario en algo transido de poesía.

Ignacio Javier HUELIN VALLEJO

FUENTES

Prólogo de Juan Pérez de Guzmán de 5 de mayo de 1881 a la Edición del Escudero Marcos de Obregón, editado en dicho año con ilustraciones de José Luis Pellicer.

Samuel Gili Gaya.—Prólogo a la Edición del Escudero Marcos de Obregón de 1961.

Rafael Aguilera Hormigo, especialista en temas rondeños.